

El pensamiento geográfico actual

TOMÁS FRANCO ALIAGA *

El entramado teórico de cualquier ciencia, y en este caso de la Geografía, se organiza en cada época siguiendo las líneas maestras del sistema, las cuales avanzan paralelas, se cruzan, se distancian y aun toman direcciones opuestas, pero sin abandonar nunca su zona climática originaria.

Filosofía, Literatura, Sociología, Ciencias Naturales o Geografía, por nombrar algunas modalidades de la ciencia en Occidente, coinciden en inquietudes y logros aunque sus enfoques difieran y se desarrollen en microclimas diferenciados. De ahí que en numerosas ocasiones aparezcan sorprendentes coincidencias teóricas entre disciplinas diversas o se invadan ámbitos convencionalmente ajenos. Sacando ejemplos de nuestro propio contexto geográfico, no es posible colocar mojones encalados y rectilíneos para delimitar los campos de las ciencias. Incluso a veces «uno está condenado a expresarse en el lenguaje de los demás porque carece de unos términos propios» (CLAVAL, 1974, pág. 116).

Hacer geografía significa estar abierto a los flujos más dispares, sin prejuicios aunque con criterios, sin exclusivismos, pero con una cierta dosis de seguridad y confianza. Aún se puede ir más lejos y afirmar con ESTÉBANEZ (1984) que en el pensamiento geográfico «influye la demanda social y los intereses de la comunidad científica» (pág. 74).

* Profesor Titular de la UNED.

A lo largo de estas páginas pretendo hilvanar algunas reflexiones propias y ajenas sobre las grandes corrientes del pensamiento geográfico desde mediados del presente siglo. El hecho de no retrotraerme al siglo XIX, como suele ser costumbre, y no dedicarle unas páginas al pensamiento tradicional se debe a su omnipresencia en cualquier estudio sobre la cuestión. No podría decir nada que no hubiera sido escrito hasta la saciedad. Y sin embargo, el paradigma tradicional va a ser punto de referencia constante a lo largo de estas reflexiones, como lo es nuestro pasado siempre: Para rechazarlo con amargura o revivirlo con agrado y nostalgia.

I. LA GEOGRAFIA CUANTITATIVA

A partir de los años cincuenta puede hablarse de una verdadera «revolución científica» (BUNGE, 1972, pág. 10) cuyo logro más espectacular es la interconexión de saberes heterogéneos guiados por el método de las ciencias físicas, el positivismo lógico formulado matemáticamente. Este lenguaje matemático se presenta «como la exacta y privilegiada expresión de un razonamiento» que para ser científico debe asumir íntegramente «las coordenadas de un discurso lógico» (GÓMEZ MENDOZA, 1982, pág. 97).

El método que fluye de este lenguaje es el hipotético-deductivo (REICHENBACH, 1967, pág. 111), es decir «la deducción y el cálculo» o, lo que es lo mismo, «la lógica y las matemáticas» (CARNAP, 1975, pág. 13), el verdadero método científico, frente a «aquellos teorizantes que creen que la teoría procede inductivamente de la experiencia» (EINSTEIN, 1969, página 81).

«Se trata de un intento sistemático de buscar en el espacio terrestre no lo excepcional, sino precisamente los rasgos comunes que sean susceptibles de construir leyes de validez general. (...) Para que esto sea posible, los cuantitativistas admiten como criterios de conocimiento la inducción a nivel probabilístico y la deducción como medio de proveer construcciones previas con validez interna nacida de la lógica, para pasar después (...) a la constatación u observación de la realidad que tratan de explicar» (ORTEGA ALBA, 1984, págs. 20-22).

Estos planteamientos que rechazan de plano el método inductivo, si se quieren «aceptar los amplios esquemas de la ciencia» (RUSSEL, 1976, pág.

13), son asumidos por una corriente geográfica que es conocida como cuantitativa o «nueva geografía». Los antecedentes más próximos y teóricos están en el Círculo de Viena y en el Grupo de Berlín liderado por Reichenbach. Podría sintetizarse su pensamiento como positivista lógico, tal y como se ha descrito líneas atrás, fundamentado en la lógica y en las matemáticas que, junto con la evidencia de los sentidos, nos guían hacia el verdadero conocimiento.

La geografía física, por sus características, es la que inicialmente se acomoda a las nuevas tendencias, destacando entre sus primeros seguidores a Davis, Gilbert y Strahler. La geografía humana y económica se mostró mucho más reticente por su dependencia tradicional del pensamiento clásico, idiográfico e historicista y «dominado —según palabras de BURTON— por el interés hacia lo excepcional y lo único» (pág. 413).

Christaller, con su teoría sobre los lugares centrales, y Schaefer, criticando el excepcionalismo en geografía, marcan la pauta de por dónde orientarse hacia los métodos científicos. En el fondo hay un planteamiento filosófico de rechazo hacia la concepción kantiana del espacio absoluto (forma apriorística de nuestra sensibilidad) del que «se deriva que las localizaciones son únicas» (HARVEY, 1983, pág. 92) y una mirada de complacencia hacia un determinismo ambiental de rostro moderno. Como afirma BURTON, «no es casual, desde luego, que la revolución cuantitativa sea contemporánea con la aparición del neodeterminismo en geografía» (página 413).

Este nuevo positivismo, a diferencia del precedente, rechaza «una interpretación determinista y causal entre la relación de fenómenos (...). Se ha tomado la gran probabilidad como causa (...) pues lo que la física clásica considera como conexiones causales, la física moderna lo contempla como mera probabilidad» (ESTÉBANEZ, 1984, pág. 75).

Los planteamientos metodológicos de las ciencias imitan el quehacer de la física hasta el punto de que puede hablarse de un reduccionismo fiscalista. Desde esta perspectiva HARVEY sostiene que «si tuviéramos que escoger un lenguaje matemático que domine el actual *Zeitgeist* en la investigación académica, sería con toda certeza el de la teoría de la probabilidad» (pág. 241).

Sin duda alguna el determinismo ambiental había sufrido un profundo rechazo entre los geógrafos. Cuando aparece el método probabilista, éste es aceptado entre ellos no sólo por la presión general sino porque «la noción

de probabilidad parece estar en el centro de la metodología desarrollada por VIDAL DE LA BLACHE» (pág. 270).

El lenguaje, el medio utilizado por la ciencia moderna es la estadística. Con ella se ha aparcado el concepto de efecto inevitable que ha sido sustituido por el de tendencia probable. Y la Geografía se apunta a esta nueva metodología, más dúctil que el determinismo a la hora de explicar los procesos y resultados, tan complejos, propios de las ciencias humanas.

Un ejemplo de la devaluación de los conceptos absolutos o de las causalidades rígidas lo encontramos en la nueva concepción del espacio de carácter relativista. La distancia o la cercanía no se miden por la suma de kilómetros, sino que intervienen otros factores que pueden ser más efectivos, como el medio empleado, la duración, las condiciones económicas (teoría marxista) o la misma relación de afectividad.

Esta corriente de pensamiento tiene sus principales impulsores en Estados Unidos. SCHAEFER en su artículo «Excepcionalismo en geografía», publicado en 1953, acusa a esta disciplina de haberse dedicado exclusivamente a la descripción y a la clasificación de los fenómenos, sin percatarse de que para ser verdadera ciencia debe formular leyes que le permitan alcanzar previsiones. De ahí el error en ocuparse de lo excepcional y único (HARTSHORNE), que no es sino una confusión con lo individual (BUNGE, 1975, pág. 7), lo que impide la formulación de leyes universales.

En Europa ha tenido una amplia y rápida acogida en Suecia, Alemania e Inglaterra, no así en Francia, donde siguen tan hondas las raíces de la influencia vidaliana no del todo comprendida en sus matices probabilísticos. Sólo a partir de los años 70 se generalizan las discusiones y el método de la mano de la revista *L'Espace Géographique*. En España hay «una cierta preocupación por el empleo de técnicas estadísticas e informáticas, aunque no puede hablarse de un arraigo ni tan siquiera de una difusión aceptable» (ESTÉBANEZ, 1984, pág. 90). CAPEL es más explícito y llega a afirmar que «hubo un rechazo decidido por parte de prestigiosos miembros del cuerpo docente» (pág. 380).

Finalmente, desde un punto de vista ideológico, las tesis cuantitativas han generado actitudes conservadoras por «el abandono de la perspectiva histórica y la consideración de los hechos sociales como “cosas”» (CAPEL, pág. 377).

Mantenerse al margen de un hecho social, objetivarlo y analizarlo desde la atalaya del método científico es tan lícito como obvia la postura de dejar las cosas como están.

II. LAS GEOGRAFÍAS RADICALES

La etapa anterior, que arranca de los años 50, la hemos visto dominada por el positivismo lógico, en el que el hombre y sus experiencias concretas han trazado las pautas del conocimiento científico de la mano del método hipotético-deductivo. La geografía cuantitativa ha sido una parcela más bajo los influjos dominantes.

Una larga cadena de acontecimientos en el mundo, aquí y allá, pero cada vez más coexionados e interdependientes, exige respuestas de otro tipo, más próximas al calor de la vivencia que la fría objetividad. Si la experiencia deja de ser un medio neutro y se enfoca la atención hacia el sujeto como eje del conocimiento, tirando de este hilo se llega suavemente al ovillo de la fenomenología, de la subjetividad en la perfección del mundo exterior, del existencialismo como afirmación del ser contingente.

En el ámbito occidental se pasa del aplomo que proporcionan las convicciones positivistas a una sensación generalizada de inseguridad y crisis. Las relaciones internacionales toman un giro insospechado por la toma de conciencia del Tercer Mundo (Conferencia de Bandung, 1955), por la independencia de amplias zonas de Africa, por la pérdida de la hegemonía europea y la convulsión universitaria en el mayo francés de 1968 o por la autocrítica de la sociedad norteamericana ante la derrota en Vietnam. Podría añadirse el despertar del sentimiento ecologista ante la degradación del medio y las permanentes contradicciones del sistema capitalista, agudizadas a partir de 1973.

La sociedad vive en desasosiego porque numerosos productos de su tecnología escapan a su control. «La idea de que la ciencia es el conocimiento por excelencia, tras alcanzar su apogeo en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial y en la década de la 'ciencia dura' de los 50, se ve ahora cuestionada (...) Empieza a tambalearse la confianza en el progreso

indefinido (...) y se plantean cuestiones nuevas sobre la responsabilidad social del científico y sobre sus valores» (CAPEL, pág. 407).

La ciencia en sí deja de ser un dogma y se piensa que debe elegir los medios en función a unos fines asumidos por la sociedad. Se priman los valores sobre los resultados, la calidad de vida global sobre los éxitos puntuales e insolidarios. Estos movimientos de rechazo profundo de la racionalidad científica han recibido el nombre de radicales y tienen su origen y más genuina representación en la Escuela de Frankfurt, entre cuyos miembros destacan Horkheimer, Adorno, Fromm, Benjamin, Habermas y Marcuse.

El positivismo había pretendido eliminar de las ciencias sociales cualquier juicio de valor en busca de la objetividad pura, pero, como apunta Horkheimer, si el científico es una parte más del objeto investigado, difícilmente puede escapar de los propios prejuicios o de la influencia del ambiente que le presta el bagaje metodológico. Una vez más, pues, hay que insistir en las dificultades para aplicar en las ciencias sociales el método de la física y ya no es posible seguir la regla que DURKHEIM propone. Según él «nuestra regla no implica ninguna concepción metafísica sobre el fondo de los seres. A lo sumo exige que el sociólogo asuma el estado de espíritu que caracteriza a los físicos, los químicos, los fisiólogos cuando se internan en una región aún inexplorada de su dominio científico» (págs. 15-16).

La ideología del científico entendida como el propio talante, como una respuesta global, sentida más que racionalizada e intransferible frente al entorno, del que a su vez forma parte, es una condición más de sí mismo. Incluso al mirar, al analizar imaginamos, envolviendo al objeto con la membrana subjetiva de nuestra cordialidad o nuestro rechazo. No es posible, pues, la imparcialidad y hay que asumir la propia fantasía como un medio ineludible para entender la realidad social. Según ADORNO «los métodos empíricos, cuya fuerza atractiva procede de su pretensión de objetividad, dan la preferencia, paradójicamente, a lo subjetivo (...) a las opiniones, actitudes y, todo lo más, formas de comportamiento de los sujetos, prescindiendo de los datos estadísticos de tipo censual como sexo, edad, situación personal, ingresos, formación y otros parecidos (...). En general, la objetividad de la investigación social empírica es de método, no de lo investigado» (1979, págs. 215-216).

Las opiniones en este sentido son numerosas y contundentes. Para GOLDMANN (1952) existe una «identidad parcial entre el sujeto y el objeto de conocimiento» (pág. 52); FAYERABEND (1974) cree que el bagaje uti-

lizado por el científico está contaminado por las ideas que hay en el ambiente (pág. 52); BERGER (1985) no duda en afirmar que «la situación social, la constitución psicológica y las peculiaridades cognitivas del intérprete se mezclan con el acto de la interpretación y todas ellas la afectan» (pág. 84); finalmente, GADAMER (1977) evita el enfrentamiento entre ciencia natural y ciencias del espíritu porque «el espíritu metodológico de la ciencia se impone en todo» (pág. 11) y centra su punto de mira en «rastrear y mostrar lo que es común a toda manera de comprender: que la comprensión no es nunca un comportamiento subjetivo respecto a un 'objeto' dado, sino que pertenece a la historia efectual, esto es, al ser de lo que se comprende» (págs. 13-14).

Las palabras de Gadamer abren una dimensión más profunda sobre qué es la verdad y el camino para acceder a ella, que sin duda pasa por la comprensión del objeto.

La actividad científica, a partir de los años 60, deja de entenderse como un rito cargado de esoterismo y neutralidad porque las sociedades demandan soluciones comprometidas. Y la geografía participa de estas inquietudes que toman cuerpo en las denominadas geografías radicales.

1. Geografía de la percepción

Señalábamos, al iniciar el apartado anterior, el natural deslizamiento desde la experiencia, como base del conocer, hacia la subjetividad del proceso. El ambiente conflictivo y desesperanzado propició una reflexión sobre el hombre como individuo, como alguien que, al margen de su voluntad, se encuentra aquí y ahora. No le importa saber quién es sino qué hace en el mundo. Ya no le sirven ni el *factum* de la ciencia ni las generalidades del positivismo; se encuentra aturdido por los fenómenos, por la existencia misma, tan opresiva como deleznable.

Y este hallazgo de la dimensión personal sienta las bases de una geografía de la percepción y del comportamiento. El método cuantitativo no ofrece respuestas satisfactorias porque ni «la transparencia del medio» ni «la racionalidad de elección» son tales (ISARD, 1956) y los modelos teóricos de la geografía cuantitativa sobre la localización espacial de las actividades humanas resultan insuficientes.

SIMON (1957) nos recuerda la complejidad de aspectos que confluyen en la toma de decisiones en las que no siempre predominan la racionalidad ni la información. Como ejemplo tenemos el estudio de WHITE (1975) sobre la «Investigación de los riesgos naturales».

«Este ideal del hombre que actúa enteramente conforme a un criterio de “optimización” se comprobó que raramente se daba en la realidad». Pero es que tampoco el «modelo de utilidad subjetiva» (respuesta en función a unos conocimientos, aunque incompletos) parecía «explicar muchos de los comportamientos observados en las áreas sometidas a estudio» (págs. 294-295). Había que orientar las soluciones siguiendo «el modelo de racionalidad delimitada», descrito por Simon y que entiende como una postura equidistante entre quienes ven al hombre «todo razón» y sus antagonistas, «todo sentimiento». La «racionalidad limitada» significa que «el hombre actúa dentro de una estructura de conocimiento del mundo objetivo, de la realidad, limitada por el volumen de información, por la calidad y por su capacidad de asimilación» (ESTÉBANEZ, 1984, pág. 93). Esto empalmaría con la precomprensión del mundo de Heidegger cuando habla del condicionamiento del lenguaje científico al traducirlo o utilizarlo desde el lenguaje ordinario.

La teoría de Simon fue experimentada por KATES (1962) al analizar la localidad de Lafollette, en Tennessee. En dicho estudio, «intentó averiguar cómo percibían la gama de soluciones disponibles y qué factores explicaban las diferencias que se daban en sus percepciones. Tal intento requería la medición de las ganancias y pérdidas claras tal y como las percibían los interesados, pero exigía también la consideración de un cierto número de factores distintos, tales como la información de que disponía cada individuo, su experiencia personal y la naturaleza física del acontecimiento posible» (WHITE, págs. 295-296).

La conclusión de estos estudios es que «los individuos y los grupos sociales poseen una percepción sesgada de la realidad en función de sus factores culturales, sus experiencias, sus aspiraciones». En definitiva «cada hombre se mueve en un universo personal, organizado concéntricamente en torno a él» (CAPEL, 1982, pág. 42).

Los estudios de Wolpert sobre los factores de la emigración conducen a los mismos resultados, si bien él añade a la «racionalidad limitada» el concepto de *place utility*. El emigrante, para decidirse, percibe y compara las ventajas e inconvenientes del lugar elegido frente al que abandona.

Y entramos en una nueva dimensión de la geografía que, para seguir avanzando, precisa de las investigaciones de la psicología sobre el comportamiento, la percepción, la decisión y el aprendizaje. Numerosos geógrafos orientan por este camino sus trabajos, acompañados por urbanistas, como Lynch con un interesante estudio sobre la imagen de la ciudad.

De la mano de la psicología, conviene que nos detengamos brevemente en algunos aspectos elementales sobre los que se fundamenta la geografía de la percepción. Según ESTÉBANEZ (1984) son estos cinco:

A) La cognición es el resultado de un conjunto de actividades tales como imaginar, sentir, juzgar, percibir, etc.

B) La percepción es la configuración activa por parte del sujeto de los estímulos sensoriales (sensación interior de la impresión producida en un sentido). Pero la percepción no se conforma con recibir el flujo de sensaciones sino que los organiza y da forma. En este proceso de cohesión interna colaboran multitud de influencias de todo tipo que van desde el trabajo a la diversión, pasando por la estética o por las emociones profundas. El resultado es una imagen sobre el medio, cuya importancia es tal que «todo lo que sabemos de la realidad está mediatizado y la toma de decisiones que afectan al medio no se efectúa sobre el medio real, sino sobre la imagen que el hombre tiene del medio» (ESTÉBANEZ, pág. 95). Según esto la imagen es el ropaje que cubre y da forma, pero oculta una realidad palpitante, nunca accesible en sí misma, un valor de cambio en las transacciones con el mundo externo.

C) La motivación es el combustible del comportamiento y está a su vez condicionada por factores internos o del medio ambiente. Quizá de una mezcla de ambos. La motivación es siempre una respuesta, un movimiento por o hacia la felicidad.

D) La emoción es una agitación del ánimo, sin más, que sin duda predispone hacia una conducta concreta.

E) La actitud es una disposición del ánimo, una toma de postura consciente y reflexiva, aunque puede ser ya espontánea por el hábito.

GOLD (1980) distingue entre imagen y esquema, reservando para aquélla la percepción en ausencia del estímulo y para éste la función del

modo donde adquieren forma y jerarquía las experiencias de cualquier índole o época.

En la elaboración de un mapa mental intervienen factores exclusivamente subjetivos e irrepetibles, pero si sólo se contase con éstos no cabría hablar de teoría científica. El individuo, como parte de una colectividad cultural, posee numerosos puntos en común, realiza su esquema mental dentro de unas mismas coordenadas. La homogeneidad de estos esquemas se ve reflejada en fases concretas del crecimiento urbano, tales como ensanches, ciudades-jardín, barrios, áreas residenciales, etc.

Lynch sintetiza en cinco aspectos la disparidad y riqueza de elementos que dan forma a un mapa mental y son: las sendas (calles, avenidas, etc. más frecuentadas), los distritos o barrios, los bordes (líneas de ruptura, como ríos, ferrocarril, etc.), los nodos o núcleos de confluencia de carácter estratégico y los hitos, vértices de nuestra atención, punto singulares y referenciales de nuestro mapa mental.

Todo lo anterior significa que no es posible, según los geógrafos de la percepción, conocer el medio natural a través del lenguaje lógico-matemático. Ni siquiera existe como tal para nosotros porque cuando lo percibimos lo «insalivamos» para digerirlo. La tan pretendida objetividad es una contradicción intrínseca, como la visión de algo desde ningún ángulo, porque estás posicionado siempre.

Esta corriente del pensamiento, en resumen, no pretende arrumbar con el positivismo, sino enriquecer sus logros con el aporte subjetivo, tan rico en matices, tan solidario con otros saberes, tan abierto a la sabiduría desde la duda y la contingencia.

2. Influencia del marxismo en la geografía

La resurrección, aunque no habían del todo fenecido, de las influencias marxistas en el pensamiento geográfico hay que entenderla como una modalidad «radical», como una respuesta comprometida frente a las posturas neutrales y aun reaccionarias del positivismo. Los geógrafos no pueden seguir cazando paisajes o «lugares centrales» (recordando la imagen del científico bonachón y miope tras la mariposa) mientras el bosque arde en torno suyo con problemas sociales de todo tipo. La pobreza, la marginación,

el chabolismo, la contaminación o el poco equitativo reparto de la riqueza son algunas de las cuestiones sobre las que la sociedad pide respuesta.

Se está planteando un problema netamente filosófico, epistemológico, algo que sin duda alguna debe preceder a toda acción.

MORRIL entiende que la «subversión» de la realidad social ha de llevarse a cabo desde una postura «radical» más que «revolucionaria», preservando «las formas obvias de la sociedad existente» (1969, pág. 8), sin embargo, Folke no ve más solución que la factura de un nuevo paradigma marxista que integre la totalidad de las ciencias sociales porque la clase dominante, con astucia, fracciona los problemas y su tratamiento. Urge una visión de conjunto, «una ciencia social integrada y unificada que emplee el método del materialismo dialéctico» (FOLKE, 1976, pág. 10), cuyo último criterio de verdad es la práctica revolucionaria.

El geógrafo debe entrar en la vía del compromiso social, sin importarle el método, sea cuantitativo o histórico, porque éste queda automáticamente purificado en función del objetivo radical que se proponga. Sin embargo, durante décadas, la geografía se había movido entre la férrea dependencia hacia los modelos y modos del pasado y la asepsia ante el vórtice social. Había llegado a ser tal su deterioro que, en países como Francia donde la disciplina formaba parte de su más rica tradición humanística, comienzan a levantarse «voces autorizadas que sugieren y hasta reclaman la supresión de la geografía en los programas de enseñanza secundaria, para reemplazarla por una iniciación a la ecología que impartirían los naturalistas, y por una preparación a las ciencias económicas o sociales (...). En la Universidad comienza a ser denunciada como una 'empresa reaccionaria de mistificación' (...). Esto afecta sobre todo a aquellos (geógrafos) cuyas tendencias ideológicas les han sensibilizado particularmente frente a los problemas políticos de nuestro tiempo, y que se preguntan por la validez de su disciplina en cuanto a sus funciones ideológicas y políticas» (LACOSTE, 1983, págs. 232-233).

La adopción del método marxista se generaliza entre numerosos profesionales europeos influenciados por los norteamericanos Harvey, Blaut, Peet, etc. y sus representantes más destacados son: en Francia, Lacoste (fundador de *Hérodote*, 1976), Coquery, Kaiser, Lefeuvre y Kopp (directores los dos últimos de la revista *Espaces-Tems*), Tricart, George, etc.; en Alemania, Asche, Beck, Eisel, Kuchler, Schramre, etc.; en Italia, en torno a Quaini y su revista *Herodote-Italia* y en España, Capel, Beringuier, Castells

y otros, arropados por el Departamento de Geografía de la Autónoma de Barcelona.

Sin embargo no ha resultado fácil desarrollar una teoría marxista sobre el espacio porque sencillamente en Marx no existe una reflexión elaborada sobre el mismo. Lo toca de pasada ya que sus inquietudes verdaderas giraban en torno a la lucha de clases y a las relaciones de producción.

En los últimos años se ha fluctuado entre una interpretación historicista (SCHAEFER, 1953) y otra positivista del pensamiento de Marx y ambas tienen decididos defensores, algo que resulta obvio por dos razones: la primera porque en toda gran obra aparecen aspectos marginales e imprecisos de fácil acomodo y la segunda porque «la historia del marxismo parece la historia de las luchas por apropiarse de Marx, por hacer la "lectura" adecuada de su obra, por conseguir la verdadera interpretación» (BERMUDO, 1983, pág. 268), fenómeno habitual en torno a los grandes maestros.

Las últimas interpretaciones del pensamiento de Marx por los geógrafos se inclinan por el historicismo, convencidos de que aquél «no constituye ningún corsé ideológico» (CAPEL, 1981, pág. 440) y de que su más genuina pretensión es la de conseguir una ciencia única donde la naturaleza y la sociedad no sean sino dos enfoques metodológicos de una sola, aunque compleja, realidad.

Entre la convicción de QUAINI (1974), que descubre en los escritos de Marx toda una teoría sobre el espacio y CLAVAL (1977), que sostiene una absoluta despreocupación hacia él, existe un amplio consenso sobre la aceptación del método materialista para explicar la estructura social «basada en el modo de producción de las necesidades materiales de la vida» (PEET, 1979, pág. 166). Para este mismo autor el espacio no es sino un producto de las relaciones sociales o, lo que es lo mismo «un producto social» (GÓMEZ MENDOZA, 1982, pág. 150).

Con ello negamos la concepción kantiana del espacio, sostenida por la geografía tradicional, la interpretación relativista del positivismo como una distancia entre los objetos y la inherente al concepto de extensión propia del objeto. Puede tener una o las tres cualidades, pero siempre en función de las relaciones sociales explicadas desde el modo de producción.

Para eludir la rigidez teórica, pero sobre todo para asumir la diversidad real que se evidencia a pesar del método único, Peet acepta los condicionantes físicos y culturales. Sin embargo, con ello no se logra sino atemperar

apenas «las dificultades de conciliar y engranar los lenguajes de la espacialidad y de la temporalidad» (GÓMEZ MENDOZA, pág. 152).

3. La geografía humanística

Dentro de las geografías radicales, y como una reacción más fuerte al positivismo, aparece la geografía humanística o antropocéntrica que incide en los valores, propósitos y comprensión de los actos del hombre, enlazando con la geografía de la percepción y del comportamiento y volviendo de nuevo «al típico dualismo historicista» (CAPEL, 1982, pág. 443).

Esta corriente humanística, salvo en algunos períodos menores de flujo ante el racionalismo, materialismo y positivismo, ha sido preponderante desde el Renacimiento. En el siglo xx el humanismo adquiere un alto grado de madurez, pues asume numerosos modos y modelos sacados de las ciencias naturales, pero sin olvidar la experiencia personal como un entramado de percepciones, vivencias y valores. Conocer es sentir, comprender, comprometerse. En geografía, el humanismo puebla el espacio de lugares conocidos y la ciencia, liberada de su esoterismo lógico-matemático, hace del hombre eje de su quehacer.

«El mantenimiento de la orientación subjetiva es la única garantía de que el mundo de la realidad social no sea cambiado por un mundo ficticio elaborado por el observador científico», afirma LEY (1980, pág. 12) quien, unas páginas antes, asegura que las relaciones en un «mundo vivido» se mueven grávidas de ambigüedad y de contingencia.

Es evidente que la geografía humanista se sitúa en el polo opuesto del positivismo, por el que siente idéntico rechazo el paradigma marxista; sin embargo también éste recibe sus ataques por considerar que el hombre apenas le importa como tal desde un ordenancismo mecanicista y económico.

La tendencia humanista recupera en parte el método inductivo, atemperado por técnicas cuantitativas usadas con un criterio abierto, pero sobre todo sostiene la convicción de que la empatía y la comprensión, el «ponerse en lugar de», son condiciones *sine qua non* para cualquier investigador.

No es una postura fácil porque exige multiplicidad de conocimientos y técnicas, tanto de carácter científico como humanístico, pero sobre todo porque el humanismo es problema de talante, de duda permanente pero

razonada, de análisis y comprensión, de diálogo ininterrumpido con el entorno, de silencio interior... El concepto de «espacio vivido» o «la geografía de rostro humano» (SANGUIN) son algunas de las expresiones que recogen este sentir.

III. ANALISIS CRITICO

«Y así como suele decirse: el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo, daba el harriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza al ventero, el ventero a la moza y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo. Y fue lo bueno que al ventero se le apagó el candil y, como quedaron a oscuras, dábanse tan sin compasión todos a bulto que doquiera que ponía la mano no dejaba cosa sana» (CERVANTES, pág. 203).

Si traigo a colación esta deliciosa escena del *Quijote* es porque me parece un trasunto tan humorístico como cierto de la historia del pensamiento en general y del geográfico en particular, sobre todo a partir del momento en que se «apaga el candil».

Sorprende que las teorías se lancen como cratógenos, porque su futuro es simple la fractura o el descuartizamiento. La flexibilidad es una de las virtudes de la duración.

1. Críticas al positivismo desde las teorías radicales

A) Frente a la objetividad, toda ciencia tiene un claro trasfondo ideológico y sirve a algún propósito político, confesado o no. El gran beneficiario es el Sistema, pues la ciencia, entendida como un análisis objetivo y distante, tiende a fragmentar los problemas complejos o a ignorarlos (PEET).

B) Frente al método físico nace un profundo rechazo del «reduccionismo» fiscalista, aun cuando la propia geografía se haya beneficiado del método. Rechazo que alcanza al denominado «fetichismo espacial» en el que «las relaciones entre grupos o clases sociales se presentan como relaciones entre áreas» (ANDERSON) porque el espacio no es una variable

independiente sino que en cada caso concreto cobra significación de acuerdo con la actividad del hombre.

C) Otros autores creen que la geografía cuantitativa, producto del positivismo, peca de exceso de información y carece de teoría, lleva a cabo abstracciones mecanicistas de la realidad socioeconómica y no logra explicar por qué surge y persiste el subdesarrollo; describe la epidermis de los fenómenos, pero silencia el trasfondo de los mismos y, finalmente, reduce la sociedad a «naturaleza abstracta» (LUIS).

2. Crítica a la geografía de la percepción

Desde el mismo ámbito radical, y ya no digamos desde criterios positivistas, a la geografía de la percepción se le acusa de:

- Falta de verificabilidad en sus enunciados.
- Carencia de dimensión práctica («deja el mundo como es», KONINK), como fruto de su vinculación fenomenológica.
- Según los marxistas peca de idealismo y abstracción sin percatarse del contexto material de clase, adoleciendo a su vez de un profundo ahistoricismo.
- Para Preiser no es de recibo ni su psicologismo, al olvidar las condiciones económicas de grupo o clase, ni su obsesión por temas triviales. LUIS la acusa de eliminar «la naturaleza al incorporarla al individuo como parte de su subjetividad percibida» (pág. 20).

3. Crítica al método marxista

- El espacio, en el paradigma marxista, carece de entidad propia apareciendo como un accidente que fluye de las relaciones sociales (CLAVAL).
- La dialéctica posee, sin duda, un gran atractivo para explicar el cambio social, pero no es fácil huir de la arbitrariedad a la hora de «dominar y

adscribir los fenómenos a procesos como tesis y antítesis» (ESTÉBANEZ, pág. 118).

— La simplificación de la ética a la lucha contra la explotación (ESTÉBANEZ), el exclusivismo metodológico y el error en sus previsiones sobre el capitalismo (*La miseria del historicismo* de POPPER) son otras tantas acusaciones sobre el método marxista.

— Finalmente, en un mundo que devora y no recupera ingentes cantidades de materias primas y cuando numerosas voces claman por el crecimiento cero en los países más avanzados, «el productivismo habitual en el marxismo (...) dificulta considerablemente la comprensión de las dimensiones ecológicas y energéticas de lo espacial» (GÓMEZ MENDOZA, pág. 153).

4. Localización y emplazamiento personales

Tras varios lustros dedicados en la Universidad a la enseñanza de la Geografía y a la lectura de textos sobre evolución del pensamiento geográfico, este goteo kárstico ha configurado en mi interior dos pequeños promontorios, sobre suelo y techo, sin llegar a unirse todavía para formar un sistema sólido y consistente. Pero el canal interior sigue fluyendo.

No es fácil cartografiarse con precisión, y me atrevería a decir que ni posible, cuando se vive escorado hacia el futuro, pensando más en la recolección que en el granero, siempre tan magro. Ortega solía decir que el hombre es un proyecto inacabado hasta que muere, lo que es aún, si cabe, más cierto para el hombre que piensa.

Como decía, no es fácil delimitar las propias convicciones y prueba de ello es que, cuando se leen textos de historia de la ciencia, sobre todo en su vertiente social, no se sabe en muchos casos dónde acaba el pensamiento del autor y dónde el del crítico. Ocurre a veces que vas siendo subyugado, un capítulo tras otro, por sistemas considerados oficialmente como irreconciliables. Es la misma sensación que cuando escuchas al fiscal primero y luego al defensor en el juicio contra Iván, uno de *Los hermanos Karamazov* de DOSTOIEVSKI: ambos te han parecido convincentes e irrefutables. En la novela, la incertidumbre se supera de la mano del autor, que siempre esconde una carta en la manga. Pero las teorías o los paradigmas son novelas sin desenlace propio. Éste siempre acaba escrito por otras plumas.

Un análisis de textos sobre el pensamiento geográfico termina por configurar una vivencia curiosa, con las entrañas cargadas de paradojas y aun contradicciones (fiscales y defensores), pero engarzadas, del derecho y del revés, como los eslabones de una cadena. Un paradigma no se comprende sin su precedesor y en su desarrollo apuntan los brotes laterales por donde continuará creciendo el árbol.

Para titular este punto he utilizado dos conceptos con gran éxito en la geografía urbana: la situación y el emplazamiento. La «situación» hace referencia a un contexto amplio, objetivo, en el que el mayor peso específico parecen tenerlo las fuerzas externas. Para situar una ciudad siempre levantas la vista por encima de ella y hablas del papel que juega en su entorno, como si la situación le viniera dada al margen de su voluntad.

El «emplazamiento», sin embargo, se halla vinculado a un lugar concreto que se organiza, se defiende, se amuralla y se vive. Es lo subjetivo, el recinto interior.

Por razones obvias, no puedo situarme, pero sí hablar de mi emplazamiento en la geografía, lo que despierta siempre una brizna de curiosidad y aun de agradecimiento en el interlocutor.

A pesar de los duros ataques sufridos por el paradigma tradicional en las últimas décadas, sobre todo desde el positivismo, no es posible hacer geografía volviéndose de espaldas a la historia, ignorando por ejemplo su peso específico en las divisiones regionales o en la conciencia regional, del mismo modo que sin encuestas, sin datos y su procesamiento no es posible una verdadera ciencia.

¿Cómo no admirar el profundo contenido lógico de las teorías de Christaller o Von Thünen sin dejar de reconocer la impronta urbanística del Camino de Santiago o la eficacia del mapa mental con que se mueve y valora la ciudad un adolescente o un anciano?

¿Dónde están los límites entre la ciencia y la precognición? ¿Dónde entre la herencia biológica y el aprendizaje?

Predomina la idea de que el espacio no es un ente físico, material, sino que más bien posee un carácter relacional o referencial entre objetos. Sin embargo hablamos de él como de algo palpable y usamos la expresión

«lanzarse al espacio» como algo distinto a un área que limita entre los extremos cielo y tierra.

Los lugares vividos, acotados, jalonan nuestras experiencias más íntimas y sin embargo no es posible eludir el relativismo espacial cuando ves cómo las relaciones sociales determinan usos, varían límites e incluso prescinden a veces del espacio en sus planteamientos.

Convendría desempolvar de nuevo el concepto de síntesis para entender el método geográfico, pero no como una atalaya que sirve de trinchera y acomodo, sino de otero desde donde se perciben todos los flujos que llegan al valle para observarlos, conocer sus rumbos y analizar sus novedades. Quizá en el inicio del quehacer geográfico debiera existir una aprehensión comprensiva.

Existen dos grandes corrientes críticas a la hora de interpretar la evolución del pensamiento geográfico: la continuista y al rupturista.

La «continuista» explica la evolución de nuestra ciencia como la corriente continua de un río a lo largo de la historia cuyos tramos principales podrían ser bautizados con los nombres de Kant, Humbolt, Ritter, Hettner, Vidal de la Blache y Hartshorne.

Al igual que en el río, han existido trechos tortuosos, cambios de orientación, desdoblamiento del cauce o pérdida momentánea del mismo succionado por fisuras, simas o ponor. Son accidentes inevitables, pero lo que realmente importa es la continuidad de la corriente principal al margen o a pesar de algunas heterodoxias.

La «rupturista» defiende un desarrollo del pensamiento geográfico impulsado por giros bruscos, por cambios de orientación netamente rupturistas y revolucionarios. Pero no todos los autores coinciden en marcar los planos de falla: VALLAUX (1925) distingue entre la geografía de Humbolt y Ritter y la de Ratzel y Vidal de la Blache. Para CLAVAL (1974) el punto de giro se halla en este último geógrafo francés y en el alemán Hettner. CRONE (1964) hace de Darwin el fundador de la geografía moderna. JAMES (1972) toma el año 1950 como gozne, con un antes (exploración, determinismo y regionalismo) y un después (espacialismo, comportamiento, percepción y geografías radicales). Finalmente los cuantitativistas reducen la historia a dos etapas: la idiográfica y la propia a partir de los años 50 (ESTÉBANEZ, pág. 134).

Tanto en el planteamiento continuista como en el rupturista se hace excesivo hincapié en el papel de los grandes maestros o en el de las señeras concepciones puntuales.

Es la eterna manera de hacer historia, ciencia que cartografía cerros testigos, hitos en el tiempo como son las batallas, los personajes o los tratados. Para casi nada cuentan las corrientes de pensamiento, los avatares de la economía diaria y cíclica, los descubrimientos geográficos y técnicos, las relaciones comerciales, los intereses de grupos de presión, las respuestas colectivas y hondas ante acontecimientos excepcionales.

Y por debajo de toda esta complejidad, la existencia de formas de vida y de pensamiento que se condicionan siempre desde la convivencia razonable o desde la crispación.

No existen ni la continuidad fluida ni la ruptura estentórea. Lo uno y lo otro son apreciaciones del historiador, interpretaciones «interesadas» desde el presente porque casi nunca se tiene en el momento en que nacen los paradigmas (¿existen fechas para celebrar el nacimiento de los paradigmas?) la sensación de estar viviendo un acontecimiento bisagra.

La naturaleza y las relaciones sociales parecen regirse por una ley de ininterrumpida progresión que, al igual que el movimiento, puede interpretarse como una sucesión de infinitas rupturas (PITAGORAS) o como una duración continua (HEGEL). Pero también esto debe entenderse como una apreciación subjetiva por mi parte.

Finalmente me permito observar otro criterio determinante para definir la ciencia, en este caso la geografía, en un período concreto: se entiende como tal en su metodología, orientaciones etc., aquello que la comunidad internacional de científicos considera como válida o preponderante. Es el criterio de intersubjetividad que a su vez ataca con sus anticuerpos cualquier conato «anormal», lo que no impide que alguno en concreto alcance con posterioridad, tras ser digerido, la categoría de paradigma.

BIBLIOGRAFIA

- BERMUDO, J. M. (1983): *La filosofía moderna y su proyección contemporánea*. Barcelona. Barcanova, 533 pp.
- BUNGE, M. (1975): *Teoría y realidad*. Barcelona. Ariel.
- BURTON, I. (1963): «La revolución cuantitativa y la geografía teórica», en GÓMEZ MENDOZA y otros (1982), pp. 412-420.
- CAPEL, H. (1981): *Filosofía y ciencia de la filosofía contemporánea*. Barcelona. Barcanova, 509 pp.
- CAPEL, H. y URTEAGA, J. L. (1982): *Las nuevas geografías*. Barcelona. Salvat, 64 pp.
- CARNAP, P. (1975): *Fundamentos de lógica y matemáticas*. Barcelona. Taller de ediciones.
- CLAVAL, P. (1974): *Evolución de la geografía humana*. Barcelona. Oikos-Tau, 240 pp.
- CRONE, G. (1964): *Background to geography*. Londres. Museum Press.
- DURHEIM, E. (1978): *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires. La Pléyade, 187 pp.
- EINSTEIN, A (1969): *De mis últimos años*. México. Aguilar.
- ESTÉBANEZ, J. (1984): *Tendencias y problemática actual de la geografía*. Madrid. Cincel, 144 pp.

- FAYERABEND, P. (1974): *Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Barcelona. Ariel, 210 pp.
- FOLKE, S. (1976): «Geografía y teoría revolucionaria, II». *Geo-crítica* n.º 5, pp. 5-11.
- GADAMER, H. G. (1977): *Verdad y método*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 691 pp.
- GOLD, J. R. (1980): *An introduction to behavioural geography*. Oxford University Press.
- GOLDMAN, L. (1952): *Sciences humaines et philosophie*. París. PUF.
- GÓMEZ MENDOZA, J. y otros (1982): *El pensamiento geográfico*. Madrid. Alianza Universidad. 530 pp.
- ISARD, W. (1956): «Regional Science, the concept of region and regional structure» en *Papers of regional science association*, n.º 2, pp. 13-26.
- JAMES, P. E. (1972): *All possible worlds. A history of geographical ideas*. New York, Odissey Press.
- LABASSE, J. (1973): *La organización de espacio*. Madrid. IEAL, 752 pp.
- LACOSTE, I. (1983): «La geografía» en *Historia de la Filosofía*, Vol. IV, dirigida por CHATELET. Madrid. Espasa-Calpe, pp. 218-271.
- LEY, D. (1980): *Geography without man. A humanistic critique*. Oxford. School of Geography. University.
- MORRIL, R. (1969): «Geography and transformation of society» en *Antipode. A radical journal of Geography*. Worcester, vol. I, n.º 1, pp. 6-9.
- ORTEGA ALBA, F. (1984): «Nota sobre las tendencias actuales de la geografía», Universidad de Granada en *Cuadernos geográficos*, n.º 13, pp. 5-39.

- PEET, R. (1979): «Social contradiction and marxist Geography» en *Annals of the Association of America Geography*. LXIX, 1, pp. 164-169.
- REICHENBACH, H. (1967): *La filosofía científica*. México. FCE.
- RUSSEL, B. (1976): *La evolución de mi pensamiento filosófico*. Madrid. Alianza.
- SANGUIN, A. (1981): «La géographie humaine ou l'approche phénoménologique des lieux, des paysages et des espaces» en *Annales de Géographie*, n.º 501, pp. 560-584.
- SIMON, H. (1957): *Models of man: social and rational*. New York. Wiley.
- WHITE, G. (1975): «La investigación de los riesgos naturales» en CHORLEY, *Nuevas tendencias en Geografía*. Madrid, IEAL, 506 pp.